

*Enric Sebastià Domingo*

**la sociedad valenciana  
en las novelas de  
Blasco Ibáñez  
proletariado y burguesía**

*estudio preliminar de José A. Piqueras  
preámbulo de José M.<sup>a</sup> Jover  
prólogo de Joan Reglà*

Estudio preliminar de José A. Piqueras .....	9
Preámbulo de José María Jover Zamora .....	41
Prólogo de Joan Reglà .....	49
1. LA CIUDAD .....	57
La coyuntura histórica y su intérprete .....	57
Una gran caja de resonancias humanas: el mercado urbano .....	67
Los espasmos sociales de la ciudad .....	77
2. EL <i>HINTERLAND</i> .....	89
Una frustración histórica: el mar .....	89
El mito de una huerta rica .....	94
La presencia de un ausente: el secano valenciano .....	99
Mito <i>versus</i> realidad: situación de la clase obrera en la Huerta ..	103
3. LA LOCOMOCIÓN .....	117
Significado social de un monstruo insólito: el ferrocarril .....	117
...y su viejo contrapunto: el caballo .....	121
El laúd de pesca, cabotaje y contrabando .....	125
4. EL NARANJAL .....	127
Geografía social de un gran problema .....	127
El cacicato se genera entre naranjos .....	129
Violencia: el orden establecido se defiende .....	142

5. EL TRANSPAÍS .....	<b>151</b>
Reto y respuesta .....	<b>151</b>
Numerosos aragoneses integrados .....	<b>156</b>
Esporádicos inmigrantes castellanos .....	<b>163</b>
Colofón .....	<b>167</b>

Sociedad y literatura, historia, desde luego. Historia ante todo, concebida en sentido integral, como empezaba a reclamarse cuando fue redactado este libro, o historia total, si se prefiere —lo preferimos—: *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibáñez*.

Historia total, la que se propone Enric Sebastià en su obra sobre la Valencia de la Restauración, si por ello entendemos la pretensión de dar cuenta de los rasgos sociales dominantes de una coyuntura sirviéndose de cuanto puede alumbrar su explicación: el medio geográfico, el hábitat, el contingente humano y las migraciones que lo alimentan y renuevan. Esto es, desde los aspectos que remiten a las realidades más estables y duraderas de las estructuras, hasta los elementos conformados en un corto periodo —la etapa inicial de la Restauración— que informan del movimiento: el significado funcional de la ciudad, el espacio urbano como escenario de actividades económicas y laborales, la nunca sencilla relación dialéctica entre el mundo ciudadano y el generoso —a fuerza de trabajo y con frecuencia de una miserable recompensa— *hinterland*, la ilustración de formas renovadas de dominio político por medio del caciquismo, las manifestaciones de unas deter-

minadas relaciones de propiedad, capitalistas, y los rostros de su materialización —el omnipresente y jerarquizado comercio, la constante del préstamo y, a menudo, de la inmoderada usura, la captación de rentas agrarias y la intervención humana en la modificación del medio natural, los transportes que alteran la medida de las distancias y del mercado, la atisbada industria—, mientras siguen presentes las huellas del pasado feudal en forma de usos de la tierra o de obstáculos fiscales.

En esa segunda esfera, la de las dinámicas, se inscribe la presencia, génesis y evolución de colectivos humanos que oscilan entre una dispersión de condiciones sociales a la articulación de clases; la eclosión del conflicto y la más habitual interacción dominada por la desconfianza o la subordinación; la movilidad social y la proyección que en las representaciones mentales de los grupos precede incluso a la consecución de una posición determinada; la organización para la defensa de intereses... El tiempo corto se hace acontecimiento en el devenir: las referencias al derribo de las murallas y a sus lecturas concomitantes, el pronunciamiento de 1874 o la extensión del bandolerismo en un contexto de crisis; mas la política sólo la hallaremos subyacente en una obra que detiene su atención en la sociedad.

La riqueza de hipótesis y explicaciones causales que contiene este breve texto, que algunos, entre los que me cuento, han seguido después, servirían para desarrollar un ambicioso programa de estudio sobre la Restauración. Muchas de estas ideas pasaron a las aulas, y de ahí a libros de otros como si fueran de dominio público. Las aportaciones pioneras que por su novedad son acogidas como la tesela que faltaba para completar el trazo de un mosaico se ven abocadas a satisfacer ese tributo.

Una historia total, la que ofrece Sebastià, en la que se integran las sucesivas aproximaciones en vez de ser expuestas correlativamente. Evita así la incoherencia en la que se incurrió a menudo —y de aquella compartimentación llegó por evolución y reacción el “desmigajamiento” de la Historia—. Para captar esa diversidad de situaciones complementarias será preciso recurrir a la aportación

de disciplinas dispares, tales como la geografía física y humana, la historia económica, la psicología social, la ciencia política, la antropología y el análisis sociológico de la literatura a tenor de las fuentes utilizadas en el presente caso; pero, en particular, de la sociología retrospectiva unida al conocimiento histórico que comprende un uso de la información sobre el pasado pero también la capacidad interpretativa que se alimenta del empleo de las citadas ciencias humanas y sociales, y proporciona, a la postre, el más genuino sentido a la historia social.

Era un programa investigador que venía siendo formulado por *Annales* pero que fue seguido con mucha menos frecuencia de lo que podría desprenderse del influjo de esta corriente historiográfica en los años cincuenta y sesenta. En la práctica proliferaron los estudios que emulaban alguno de los aspectos contemplados en la obra de Fernand Braudel, la figura más representativa de aquel movimiento: el comercio, los comerciantes, las rutas, etc. No es el caso del libro cuya reedición presentamos, el estudio más *braudeliano* de los realizados nunca en España, tanto por su concepción del trabajo histórico como por la adopción de postulados metodológicos.

Estamos ante una insólita obra maestra escrita hace treinta y seis años. He aquí el intento más serio efectuado hasta la fecha de practicar la reconstrucción de la vida social de Valencia durante la Restauración. El procedimiento seguido por el autor, sin embargo, se aleja de los cauces convencionales para servirse del prisma y la pluma del más insigne novelista nacido en esta urbe, un nombre en el que pugnan las resonancias literarias con las extraliterarias sin atisbo de solución porque el escritor –devenido protagonista de la galvanización política de las clases populares de su ciudad, y actor de una vida desmesurada que para sí quisieran tantos personajes de la ficción– nunca tuvo la precaución de separarlas: Vicente Blasco Ibáñez.

No es éste un análisis crítico de la literatura de Blasco o un estudio sobre su figura, como la premura de algunos autores a la hora de completar sus referencias bibliográficas ha dado a enten-

der. No es lo uno ni lo otro, por más que proporcione claves insoslayables para comprender las cinco novelas valencianas a que se hace referencia y facilite una aproximación a la mentalidad del autor a través de su actividad creativa. *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibáñez* es, ante todo, una historia social de la región que viene delimitada por la llanura litoral del centro del País Valenciano en la que se erige, presidiéndola, la ciudad de Valencia, a la vez incomprensible sin las relaciones que en el curso de la actividad cotidiana entabla con el entorno inmediato: la Huerta —en mayúscula, la comarca en donde se enclava—, el mar y la Albufera. La atención se desplaza, por último, ribera arriba del río Júcar que alimenta el lago, hasta el corazón de los huertos donde se produce el nuevo fruto dorado. Sin desatender el continuo flujo humano que llega de más allá de los confines de la economía intensiva y obliga a interrogar por la suerte del transpaís. Es la imagen reconstruida mediante situaciones, tipos reales y arquetipos sociales de índole literaria de lo que en lenguaje barojiano, pero atendiendo a un espectro social más amplio, podría calificarse de *la lucha por la vida* durante la Restauración.

La literatura servirá de hilo conductor en el recorrido por una coyuntura que se pretende real y no se circunscribe a la literalidad que pueda encerrar la literatura. El esfuerzo no significa, conviene enfatizarlo, la mera utilización de unos textos de ficción en cuanto presumible reflejo de la sociedad en la que se produce la literatura o a la que se alude en la misma; no se trata de cualquier literatura, sino de aquella tendencia que por imperativo libremente adoptado asimila de las ciencias naturales el criterio de descripción artística de la realidad basado en la observación, la exigencia de exactitud en el relato de los hechos y la autoimposición del principio de causalidad. Hablamos del *naturalismo* y de su primer exponente en las letras españolas, Blasco Ibáñez.